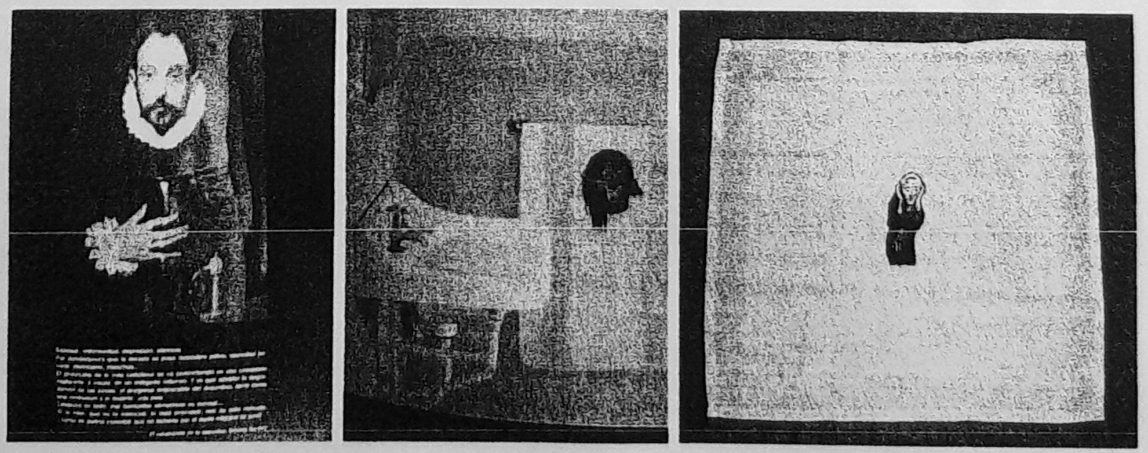
A Santiago Ayán in-dolore

En la obra de Santiago Ayán, Granada (1963- 2010), *S/T* (1993) aparece, sobre su cuerpo frágil y desnudo de cintura arriba, la imagen proyectada de la obra de El Greco *El caballero de la mano en el pecho;* la mano del caballero está sobre la bragueta de su pantalón y abajo una cita de Severo Sarduy, muerto en París en 1993, la misma fecha de la obra, en la que entre otras cosas se lee "el protocolo de la vida cotidiana se va convirtiendo en una constante vigilancia, en un mitigado infierno, y es que aceptar la degradación de las cosas, el progreso implacable del desorden, sería como una invitación a la muerte, una más. Si la vida que es lo esencial, lo más precioso, nos ha sido retirada. ¿Cómo se podría concebir que no hubiera por el suelo migajas de pan?".

La vida vigilada como expresión del pánico que el poder contiene a la misma vida, un pánico que inocula a los individuos para aislarlos entre ellos, tratándolos como potenciales enemigos a los que intenta socavar su posibilidad de acción y robotizándolos mediante las pautas y normas que el dios mercado dicta, un dios mercurio venenoso que se desparrama incontenible.

Santiago Ayán es una víctima del dolor que producen las normas y a la vez su redentor porque lo acomete no desde la vacuidad del mundo, sino que lo descubre a todos desde el suyo propio para intentar mitigar el dolor del otro; esa es mi experiencia de su obra.

Sus piezas no son sólo objetos para la mirada, sino para la introspección, aparecen apropiándose de iconos potentes desde los que habla pero que están soportados por otros objetos que le confieren tactilidad, acercamiento al cuerpo, consuelo, conversión del dolor en amor, como las dos obras que muestro en mi acción *56 Géneros: Trabajos de castigo IV* (1993) que tiene la imagen de la cabeza del Cristo de Velázquez impresa en una toalla de la Seguridad Social y *El Grito de Munch (2000),* con el grito serigrafiado en un pañuelo con la firma de Santi bordada. Son obras regaladas por él, por la amistad que nos unía, por la afinidad en el empeño de mostrarnos en público para hablar con los otros desde un potente yo en permanente rebelión con las normas talladas en los cuerpos, normas que se inculcan como propias de nuestra naturaleza y que saboteamos desde los lenguajes que nos hacen humanos, desde un mundo de signos pacientes que descifran los códigos desde los que pretenden derribarnos.

Con sus obras seco mi sudor y prosigo la marcha.

Miguel Benlloch
Sevilla 30 de Junio de 2010